

Donde no desentona

una pandorga

Jacoba A. Ruskin

1

Para seguir, para esperar, para cruzarse
con el oscuro sentimiento del camino,
este paraje, cruce, lugar de paso
donde se ve un recodo del río
y se arremansa el tiempo,
donde cualquiera encuentra sombra
y suele ser azul el cielo,
donde no desentona una pandorga.

2

Es casi un arenal.
Es casi una arboleda.
Es una lenta calle sin acera
y sin calzada.
Es éste un territorio
de vegetal indiferencia,
de marginal topografía,
de muy ausente propietario.
¡ Qué suerte ! Ni muro
ni muralla ni cerca ni valla.

3

Flores y pájaros y frutas.
Muchas frutas caídas
entre cascotes, restos,
ruinas de alguna demolición.

Recibimos escombros,
dice un cartel
donde, curiosamente,
no desentona una pandorga.

4

Es un lugar de paso en diciembre.
Continúa en enero, continúa en febrero
y, por obra del calendario,
sigue nomás en marzo.
Es un lugar de paso en abril
y es el mismo baldío todo el año.
Incluye, por ahora, una pandorga.
(Barrilete, traduzco para argentinos,
y cometa, para españoles).
Pero volvamos a lo nuestro,
al caos de la vida y al orden de los versos,
a la desidia como tierra del poema.
Lagartijas, la suela de un zapato,
el dengue en forma pura o de mosquito,
media bolsa de nada, murciélagos,
mendigos, un caballo, culebras
y una vieja heladera familiar
podridamente abandonada.
En cuanto a los mendigos,
si además son borrachos
sin dejar de ser típicos,
intrusos no parecen en este sitio.

5

Donde no desentona una pandorga,
el cielo tiene aún el color de la siesta en la tarde
y la distancia es nube o pájaro
y el poeta saca una oda de una elegía
y la tristeza encuentra una voz
que es apenas un eco,
un descuido del viento
en el sendero de una lágrima.
Lugar de paso, cielo de paso

con huellas desde el borde de un ojo
hasta la orilla de un recuerdo.
Y hojas en el cielo de un árbol.
Y ramas que crujen bajo los pies,
leña para el invierno.
Y manos que se ensucian
al encender una fogata.
El fuego no se ensucia
y la tarde ya tiene una fogata.
El fuego sólo sabe arder, arde
en paz, cerca de un niño
que tira de un juguete prendido al viento,
cerca de un anciano que juega
a no soltar el último suspiro.
El niño juega, el viejo muere.
¿ De frío ? No da para tanto el invierno.

Jacobo A. Rauskin nació en Villarrica en 1941. Ha publicado una quincena de libros de poesía. Es uno de los autores paraguayos contemporáneos más fecundos y representativos.